

CELESTINO HERNÁNDEZ

# VIAJE EN EL ARTE DE YAMIL OMAR

Tengo de Yamil Omar, o para ser más exactos de la obra de Yamil Omar, la imagen retenida de un encuentro en Madrid a mediados de los años ochenta. En efecto, me ocurrió con Yamil, es decir con su obra, lo que me ha sucedido con algún otro artista de Canarias, que vine a descubrirlo fuera de las islas. Este hecho tiene una parte preocupante, por la circunstancia de comprobar que un artista es suficientemente conocido fuera de su ámbito territorial, y no tanto dentro del mismo. Mas también tiene otra parte de sorpresa agradable, de encontrarnos de pronto con la obra de uno de nuestros artistas, recogida y representada en las más destacadas salas y museos.

Visitaba en esa fecha el Museo Español de Arte Contemporáneo, en su sede de la Avenida Juan de Herrera, en la ciudad universitaria. Era uno de los pocos escenarios de visita obligada, por entonces en Madrid, antes de toda la avalancha que supuso el momento después de la recuperación democrática, de las reconfortantes primeras ediciones de la Feria Internacional de arte ARCO, y de un conjunto de actividades creativas, que vino en denominarse la "movida" madrileña. En el MEAC había una obra de un artista nacido en Santa Cruz de Tenerife el año 1939, llamado Yamil Omar Walls, quien había gozado de una exposición individual allí en el año 1978. Hoy reviso con curiosidad el Catálogo que adquirí con ocasión de dicha visita y compruebo que la obra, que entonces contemplé, se denomina "Esculto-injerto", que pertenece a la temprana fecha de 1977, y que está realizada con telas plásticas. El Catálogo apenas daba alguna información más del artista, salvo la referente a su ciudad y fecha de nacimiento, que había estudiado en 1954 dibujo artístico en la antigua Escuela de Arte de Santa Cruz de Tenerife, y que venía

exponiendo desde 1971, año en que expuso su obra en la Casa Colón de Las Palmas muestra a la que siguieron otras al año siguiente en la Sala Conca, y otras en el año 1973 de nuevo en la Casa de Colón y denominada "Yamil Omar: Esculto-injertos", así como dos más ese mismo año en la Galería Sfinx de Amsterdam y en el Instituto Español de Londres.

Al margen del citado Catálogo del MEAC sabemos que Yamil Omar anduvo en los años sesenta por América, exponiendo en La Habana, Puerto Rico, Cartagena de Indias y Bogotá, en donde residiría durante cuatro años. También sabemos que a mediados de esa década retornó a las islas, y que aquí participó en las actividades del Grupo "Nuestro Arte". Su inquietud y espíritu viajero le llevaron de nuevo lejos del archipiélago. Durante el año 1972 intervino en diversos actos en París, y al año siguiente se estableció en Málaga y se trasladó a estudiar la pintura flamenca y a exponer en Holanda. Ese año 73 con su obra se inauguró la Galería Tahor de las Palmas, al igual que sucedería un año más tarde con la Sala del Club La Prensa del periódico El Día de Santa Cruz de Tenerife, y en el 76 con la Galería Amigos del Arte de Puerto de la Cruz. Individuales el 74 en la Sala de Arte de CajaCanarias en La Laguna y en el Instituto de Estudios Hispánicos de Puerto de la Cruz, y el documental "Katharsis" sobre su obra en el 75, filmado por los hermanos Santiago y Teodoro Ríos.

En los años ochenta no cesó la actividad de Yamil, ni disminuyó la presencia de su obra en múltiples exposiciones en los más diversos lugares. Comenzó esa década fundando y presidiendo la Asociación de Artistas Plásticos. Viajó a África (Sierra Leona) y se interesó en la realización de máscaras en oro para joyería. En el 84



su obra vuelve a inaugurar una sala de exposiciones, en esta ocasión la de Caja Postal en Santa Cruz de Tenerife, presenta los “Esculto-injertos” en Gerona el año 87, y colabora nuevamente con los hermanos Ríos en el largometraje *Guarapo*.

Volvió Yamil Omar a mis andares, retornó su obra a mi retina, con una nueva sensación agradable, el año 1990, fecha en la que volví a encontrarme con sus creaciones, con sus criaturas, en la Galería de Arte de Félix Rodríguez, en la calle Teobaldo Power de Santa Cruz de Tenerife. Allí colgaban múltiples figuras coloristas de Yamil Omar, que invadían de alegría y cromatismo toda la sala, con un aire al mismo tiempo de máscaras de Carnaval y de muñecos y monigotes del teatro infantil.

Su amigo, el escritor Emilio Sánchez-Ortiz, una de las personas que mejor conoce a Yamil, y la obra de Yamil Omar, diría pocos años más tarde de la exposición en Félix Rodríguez: “infantilidad de muñecas asombradas de enormes pestañas y colores. El niño. El artista quiere retornar a su alboral esencia tras rehusar sapiencias y doctoralismos de castradoras didácticas. Las muñecas se degradan en fémias huesudas que miran hacia dentro. Su óptica finaliza en la luz de una solitaria bombilla balanceante. Se deslizan lentamente bajo unas sábanas inmisericordes, mortajas propiciadas por su estado de indefensión o inocuidad. (...) Los paquetes abren. La contorsión y la agonía del abrazo se patentiza. De las muñecas asombradas surge una cosmonía terrible, una constelación de deformaciones, un grito colectivo ensordecido en las supremas claves de la tonalidad. (...) El regreso del homúnculo a la naturaleza se realiza y esposa con la tierra. Y las nupcias procrean una existencia vegetal de lejanos ecos antropomórficos”.

Y concluía Sánchez-Ortiz asegurando que la “obra de Yamil Omar contará entre las más importantes de nuestra época. Omar revela una cosmogonía -una cosmo agonía- un universo peculiar y absolutamente personal e intransferible. Y como todos los grandes artistas prosigue a la intemperie un camino sin reco-

dos, concesiones u otra suerte de desviaciones inútiles”.

Y de ahí hasta hoy, fecha en la que Yamil viene hasta el Ateneo de La Laguna, una década después de haber expuesto en la Galería Félix Rodríguez de Santa Cruz, dos décadas prácticamente desde aquel primer encuentro con su obra en un museo de arte contemporáneo de Madrid. Con todo el tiempo transcurrido, y según nos confiesa Yamil, el mundo sobre el que trabaja sigue siendo el mismo, el tema objeto de su investigación, el asunto que le mantiene

en la creación artística. Las criaturas siguen estando presentes, desde unas primeras figuras amortajadas, amarradas, prisioneras en sus propias vestimentas, hasta estas últimas de ahora que se mueven libremente en el espacio imaginario ideado por Yamil, con ropas coloristas, en un clima alegre y agradable. Y es que los tiempos han cambiado, de modo que siendo incluso las mismas figuras, criaturas, sus comportamientos, y su apariencia, difícilmente podrían seguir siendo iguales. Ha ocurrido tanto como vivir entre la represión ansiando un ambiente de libertad, a vivir independiente y hasta “alejado” en la normalidad de la democracia.

Tienen estas últimas obras de Yamil Omar otra vez la frescura del trabajo personal, comenzando por los soportes en los que Yamil vuelca su abundante pintura, superficies rugosas, como trapos usados, que en algunas de las composiciones cuelgan como de una tendedera. De formas absolutamente irregulares, los márgenes de las obras se prolongan a través de sus sombras en las paredes, de las que cuelgan, de modo que difícilmente podría denominarse a estos trabajos como cuadros. Ese espíritu de libertad se respira por todos los rincones, a veces pareciera como si se tratase de un juego en el que el artista se entretuviese en romper por aquí, deshilar por allá, colocar una varilla por este otro lado, y jugar sobre todo con esa pequeña figura que deambula a su aire, con su gorra y su chaquetilla abotonada.

